

EL NUDO DE JOYCE

Norberto Rabinovich

Desde que introdujo la teoría de los nudos en la formalización de la teoría analítica (Seminario "Encore"), hasta el seminario del R.S.I., Lacan trabajó con el nudo borromeo de tres elementos para escribir la estructura del ser hablante en términos nodales. Pero en el transcurso del dictado del R.S.I. comienza a introducir el nudo borromeo de cuatro elementos.

La razón de tal recambio, se debe al hecho de que no existe ninguna posibilidad de establecer topológicamente las diferencias entre las tres cuerdas anudadas; presentan una estructura equivalente y mantienen por lo tanto una sola consistencia (imaginaria). Sólo al introducir el nombre, al nombrar de manera diferente a cada cuerda, puede sostenerse las diferencias entre ellas. De ahí parte, para introducir a la "nominación" como un elemento (el cuarto) del anudamiento borromeo del sujeto.

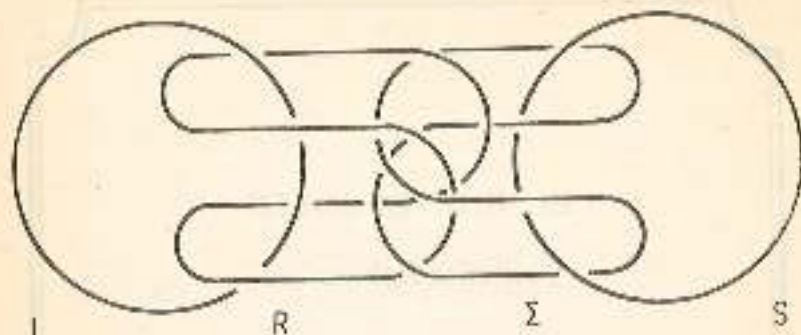


Figura 1

En el seminario siguiente (año 1975), denominado "El Sinthome"^{*}, sigue profundizando sobre el nudo de cuatro, y trabaja particularmente sobre la especificidad del anudamiento en James Joyce.

La charla de esta noche, apunta a estudiar la propuesta que hace Lacan en ese seminario relativa al nudo de Joyce.

Este estudio sobre Joyce, reviste para nosotros especial importancia en lo relativo al tratamiento de la psicosis. Lacan afirma que en Joyce, la función paterna no había operado, que el padre estaba *Verwerfung*, y por lo tanto era psicótico. Pero, por otra parte, él no estaba loco, lo que en principio quiere decir que real, simbólico e imaginario, se mantenían anudados por un cuarto término, el sinthome, que habría restituido la función faltante del Nombre del Padre, y posibilitado el anudamiento de la estructura subjetiva de Joyce, de una manera diferente a la que puede operarse por medio de la metáfora delirante, en el caso común de la psicosis.

¿Esto significa que Joyce, por el sinthome, curó su psicosis?

No, si por curar entendemos modificar su estructura. El encontró un medio de hacerse reconocer sujeto del significante y compensar el desajuste propio de la psicosis (por lo incaos en gran medida) sin que ello implique haber alcanzado una estructura neurótica, o lo que es lo mismo, sin anudar "borromeamente" de cuatro.

^{*}Mantengo el término "sinthome" igual que en el original francés.

Discutiremos estas afirmaciones y trataremos de fundamentar por qué el sinthome de Joyce se anuda de manera diferente al de la neurosis.

EL NUDO BORROMEO DE CUATRO

Si tomamos el nudo de la figura 2, podemos observar que las cuerdas de lo R, S, e I, se encuentran superpuestas sin interpenetrarse, es decir, están libres.

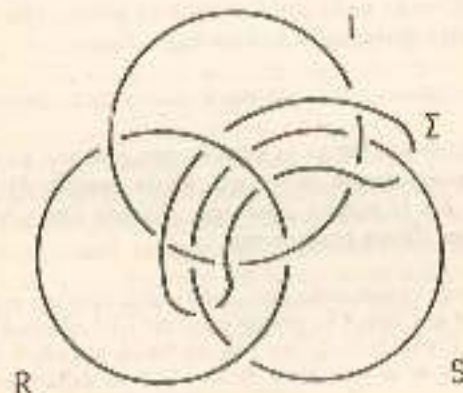


Figura 2

La cuarta cuerda realiza el anudamiento del conjunto. La condición fundamental del nudo borromeo, sin importar el número de cuerdas que lo compongan, es que si se corta una cualquiera, todas quedan desanudadas. Desde esta perspectiva, las cuatro tienen la misma función: la de sostener el conjunto. Sin embargo, en la clase 2 del seminario del sinthome, Lacan plantea lo siguiente:

[...] el cuarto elemento es esencial y todo se sostiene por él.

En esa misma clase, una persona del público preguntó si la inclusión del cuarto término hace que el nudo de tres desaparezca.

Efectivamente [respondió], no es más un nudo. El no está sostenido sino por el sinthome.

Dicho de otra manera, para Lacan el cuarto elemento del nudo, que llama *sinthome*, es ineliminable de la estructura del "parletre".

Esto nos tiene que poner sobre aviso, a fin de no identificar demasiado rápido el *sinthome* (en tanto irreductible) con el síntoma clásico (fóbico, histérico u obsesivo), que puede ser disuelto. En la primera clase del seminario, Lacan aclara que para referirse a la cuarta cuerda del nudo, hablará de *sinthome*, introduciendo una pequeña modificación en la grafía del término clásico, que en francés se escribe "symptome", y nosotros traducimos por *síntoma*.

Se trata — dice — de su escritura antigua. Modificando la ortografía del término, ¿se modifica también su sentido? ¿Cuál es la diferencia que introduce? El *síntoma* clásico, ¿conserva el mismo valor en la teoría? Lacan no es nada preciso en este punto, aún más, parece deliberadamente ambiguo. En algún lugar dice:

[...] del *symptome* o del *sinthome* lo mismo da, como prefieran*

Pero una modificación en la letra de una palabra, y expresamente señalada, necesariamente indica que algún cambio de sentido pretende operar. En la misma clase que citamos antes, un poco más adelante, Lacan afirma lo siguiente:

No hay ninguna reducción radical del cuarto término, ni siquiera en el análisis, ya que Freud ha podido enunciar — no sabemos por qué vía — existe un *Urverdrängung*, hay una represión originaria que nunca es anulada. Es de la naturaleza misma de lo simbólico comportar este agujero.

El agujero real en la cadena simbólica del sujeto, define el punto umbilical por donde el significante se abre a lo *Unmerkänten*, lo imposible de ser conocido.

Ahí ubico uno de los puntos de cruce de las cuerdas R y S.

Queda establecido, por lo antedicho, la estrecha relación entre el *sinthome* y la represión primaria; en cambio, el *síntoma* fue detenido por Freud como el último eslabón (en tanto retorno de lo reprimido) de la cadena de representaciones que constituyen la represión secundaria. Cuando Freud al hablar de *Urverdrängung* plantea que ahí

*En un par de trabajos dedicados a Joyce, inmediatamente anteriores a esta seminario, Lacan, que aún no había producido la modificación literal del término, conceptualiza como *symptome* lo que luego llamará *sinthome*.

sólo opera la contracarga, y que no interviene la sustracción de carga preconsciente (porque son representaciones que nunca han estado en el sistema Cte.Prec.), está situando un elemento que participa en el proceso represivo y en la formación de *síntomas*, pero que es irreductible al saber y que está radicalmente fuera de lo imaginario. Por el contrario, lo destacable del *síntoma*, es que tras su apariencia insensata, se articula un saber que se soporta en el saber acumulado en los significantes de la lengua. Todo esto no conduce a relacionar del lado del *sinthome* al S₁, y a la "letra" lacaniana, mientras que el S₂ quedaría del lado del *síntoma*. Por ello considero que al introducir el término *sinthome*, Lacan pretende remarcar el núcleo real, irreductible y literal, presente en todo *síntoma*.

A esto se agrega en el planteo de Lacan una lógica entre el significante del Nombre del Padre y *sinthome* que podría enunciar de la siguiente manera: para que un *sinthome* logre anudar horromeanamente los otros tres registros, es condición que haya inscripción en lo real del Significante del Nombre del Padre.

No deja de resultar llamativo que en el año 1955, cuando introduce la función de la metáfora paterna, lo haga en el seminario dedicado a la psicosis, es decir, ahí donde tal metáfora fracasa; y veinte años más tarde, cuando introduce la noción de *sinthome* como cuarto nudo, lo haga a través de Joyce, donde el *sinthome* no se halla articulado a la inscripción del Significante del Nombre del Padre.

Tomemos una frase de la primera clase del seminario:

El complejo de Edipo es un *sinthome*.

(aquí Lacan habla del complejo de Edipo para referirse a su soporte fundamental, el Significante del Nombre del Padre).

[...] es en tanto que el Nombre del Padre es también el padre del nombre que todo se sostiene (el anudamiento horromeano), lo cual no hace menos necesario al *sinthome*.

Habrán notado lo confuso de este fragmento: el Nombre del Padre es el *sinthome*, pero el Nombre del Padre no hace menos necesario al *sinthome*.

Ahora bien, aunque no resolvamos la naturaleza de esta relación, podemos sin embargo deducir que la estructura nodal que soportan es la de la neurosis, ya que en la psicosis falta tal soporte.

Es exactamente eso en lo que consiste, propiamente hablando, el *sinthome*. Y el *sinthome*, no en la medida que es la personalidad sino que respecto a los otros tres (R,S,I), se especifica por ser *sinthome* y *neurótico*. [Clase 16/2/75].

Ateniéndome a esta afirmación, sostengo que es preciso indicar que el *sinthome* de Joyce guarda diferencia de estructura respecto del *sinthome* neurótico, y que en términos nodales esta diferencia quedaría expresada en un nudo de cuatro no borromeo.

Digo esto sin soslayar que en algunos pasajes del seminario, Lacan afirma que el anudamiento borromeo pudo ser restituido en el caso de Joyce por el *sinthome*.

EL NUDO DE JOYCE

De los variados nudos con que Lacan escribe la estructura de Joyce, elijo uno de los trabajados en la última clase del seminario, que me parece el mejor a los fines de mi planteo: parte de un nudo de tres en el que hubo una falla en el anudamiento, un error de escritura del que resulta la liberación de lo imaginario. La referencia élfica es el relato de un episodio, de una paliza recibida por Joyce a consecuencia de la cual experimentó que la piel de su cuerpo se desprendía como la cáscara de una cebolla.

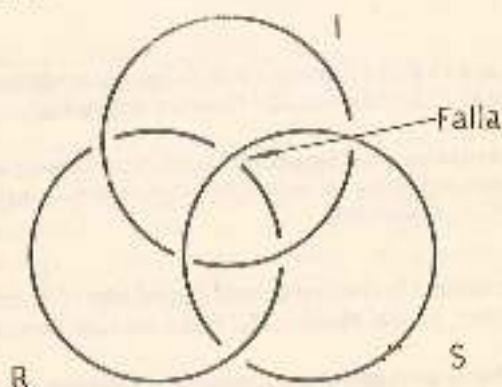


Figura 3

La cuerda de lo simbólico que debería haber pasado por debajo de la cuerda de lo real, para que el nudo sea borromeo, pasa por arriba dejando suelta la de lo imaginario. Si ésta se desliza hacia afuera, quedan enganchadas R y S.

Entonces agrega una cuarta cuerda para reparar la falta, evitando que I pueda escaparse del nudo.

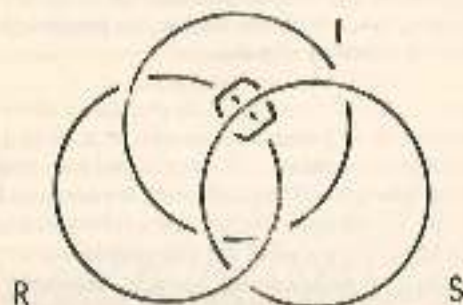


Figura 4

Como pueden observar, este nudo no es borromeo porque no responde a la condición que establece que si se libera una cualquiera de las cuerdas, todas las demás también se separan.

A mi juicio, este nudo permite dar cuenta de algo que considero central y es que Joyce, a diferencia de la respuesta sintomática de la psicosis, logró por su *sinthome* borrar al Otro del saber absoluto y al mismo tiempo mantener anudada la cuerda de lo imaginario. En este último punto fracasa el delirante, a causa de lo cual no hace lazo social.

Sin embargo, las vicisitudes de lo imaginario se presentan de diversos modos en las distintas psicosis, particularmente en la paranoia y la esquizofrenia, y debido entre otras a esta cuestión es que muchas veces resulta confuso hablar de psicosis en general.

Esta cuestión ha suscitado discusiones entre los discípulos de Lacan, ya que él muchas veces utilizó los términos de paranoia y de psicosis como si fueran sinónimos y además mostró siempre gran resistencia a hablar de esquizofrenia.

En mi opinión, el término paranoia tiene en el discurso de Lacan un sentido muy diferente cuando es usado para referirse a la estructura derivada de la foreclosure, que cuando nombra el cuadro clínico llamado tradicionalmente paranoia. En el primer caso, y en la medida

que sólo existe un mecanismo específico para el conjunto de las psicosis, ambos términos (psicosis y paranoia) son equivalentes. En el segundo caso designa con el término paranoia un modo específico de andamiaje de la psicosis, diferente de la esquizofrenia y parafrenia.

Por ejemplo, en la clase del 16/12/75, dice:

En tanto que un sujeto anuda de tres lo imaginario, lo simbólico y lo real, no está soportado sino de su continuidad. Lo Imaginario, lo Simbólico y lo Real, son una sola y misma consistencia [imaginaria]* y es en esto que consiste la psicosis paranoica.

Evidentemente, esta definición no da cuenta en absoluto de lo que presenta clínicamente la psicosis esquizofrénica, más aún, ocupa un lugar diametralmente opuesto. Si la paranoia se sostiene por la consistencia imaginaria, en la esquizofrenia la cuerda de lo imaginario es lo que se pierde. El paranoico se presenta férreamente consolidado y fortificado en tanto yo, y a nivel del discurso busca imponer al otro el sentido. Su discurso pretende ser cerrado, unívoco y convincente. Trata de imponer su palabra cuidando celosamente impedir el malentendido, el doble sentido. Lo peligroso, esencialmente persecutorio, es la aparición de un más allá de lo establecido, del signo equívoco, de la posibilidad del sin sentido. Del espacio donde lo no-sabido se oculta, él se muestra como su amo, amo de la verdad y habla de ella por alusión.

En la esquizofrenia, por el contrario, encontramos desde las primeras manifestaciones, claros signos de la desintegración de la unidad imaginaria del yo. El sujeto no reconoce su imagen en el espejo, esta imagen se deforma, se transforma, se separa del cuerpo, cobra autonomía, se desintegra, etcétera. Paralelamente, a nivel del discurso también se observan ciertos trastornos, que dan cuenta de la ruptura en el registro imaginario del sentido. El sujeto inventa palabras que los demás no llegan a entender, altera las reglas sintácticas y gramaticales, modifica la ortografía de los signos escritos, etcétera. Ciertos significantes cobran una significación oscura, arbitraria e intransmisible, otros significantes pierden su ligazón al significado y el sujeto les atribuye cualquier sentido, no importa cual. El esquizofrénico, cuando llega a responder como sujeto, sujeto del significante, lo hace fuera de la ley del lenguaje, fuera de la ley de la metáfora, perdiendo por consiguiente la malla del sentido que se articula al

*Lo que sigue entre corchetes es una aclaración mía.

saber de la lengua y soporta el lazo social. El S₁, que en el neurótico sostiene el saber supuesto del inconsciente, en la esquizofrenia queda desvinculado de todo saber acumulado a nivel del tesoro metonímico de los significantes.

Este es para mí, el fundamento de estructura de la falta de transferencia analítica en la psicosis. En efecto, a consecuencia del fracaso de la metáfora (paterna), no existe en los significantes en que se representa como sujeto, articulación entre el sin-sentido y el pase de sentido. Ahí donde el paranoico impone al otro un sentido solidificado, el esquizofrénico impone a la lengua un desorden tal, que deja al otro fuera de la posibilidad de comprender. Dice Henry Fy:

El esquizofrénico es un enigma viviente. Se comporta siempre como si quisiera envolverse de misterio, sostenerse a la comprensión de los otros. Todos los síntomas esquizofrénicos aparecen dotados de una tonalidad enigmática, como si las palabras, los gestos, el reír, la generosidad, los proyectos, el saludo del esquizofrénico no se dejaran adivinar sino a través de un espesor de sentido indescribible, exigiendo un fondo de misterio y extrañeza. Entre el esquizofrénico y el otro existe una opacidad en las relaciones de comprensión.

Si tomamos esta cita como el testimonio de su autor, podemos percatarnos que en esta relación del esquizofrénico a su Otro, el sentido puede llegar a conservarse en la medida que esté supuesto tras lo que se presenta como un enigma. El sentido oculto, puede llegar a ser supuesto por el otro. En tanto que el esquizo se presenta como si poseyera el saber de esos extraños "síntomas", saber que por otra parte se mantiene siempre inaccesible. Lo importante parece ser imponer al interlocutor el lugar de la ignorancia, del no-saber. Es lo que denominé en otros trabajos *transferencia invertida*, porque si esta relación se mantiene, se instaura espontáneamente al Sujeto Supuesto Saber, que encarna el psicótico.

Un testimonio lúcido de esta transferencia invertida del psicoanalista al psicótico lo ofrece Françoise Dolto:

Hay en el analista una transferencia específica, porque tiene lo en el ser humano de su interlocutor, ser único en su género, sujeto de la función simbólica, sujeto inconsciente de su propia historia, sujeto que desea significarse, sujeto que pide respuesta a su pregunta [...]. El testigo atento, perseverante y receptivo que es el psicoanalista, supone que hay un sentido inherente al lenguaje incomprensible, delirante, o al mutismo, siempre interpretados por él como casos particulares de lenguaje que él tratará de decodificar.¹

Esta cita pone de manifiesto que F. Dolto se percató de la específica transferencia que establece el analista con el psicótico, pero no propuso su instrumentación como artificio técnico, sino que efectivamente creyó en el "sentido inherente al lenguaje incomprensible, delirante..."

Esta suposición forma parte del patrimonio heredado por los psicoanalistas de la teoría freudiana de la psicosis, hasta que Lacan en 1955, a lo largo de su seminario dedicado a la psicosis, rompe con este supuesto, en la medida que produce el concepto de foreclusión del Significante del Nombre del Padre, y su propuesta puede leerse en estas líneas:

Esta traducción es, en efecto sensorial*.

Pero, cuidado, dejó en el mismo plano el campo de las psicosis y el de las neurosis. Si la aplicación del método analítico sólo proporcionara una lectura de orden simbólico, se mostraría incapaz de dar cuenta de la distinción entre ambos campos. Es entonces más allá de esta dimensión donde se plantean los problemas que son el objeto de nuestra investigación este año.²

El psicótico, cuando habla al analista, lo hace desde su certeza, enuncia su saber desde el lugar de la verdad, y el efecto es que el analista tiende a creer en tal saber y busca articular el sentido de los significantes enigmáticos del delirio.

Pero hablar de enigma en sentido estricto es incorrecto en tales producciones de la psicosis. Entre el significante enigmático y el metafórico existe una estrecha relación, en la medida que toda metáfora es por lo menos un instante, en el tiempo de su creación, enigmática. Todo enigma al que consideremos significante, supone una sustitución metafórica tras él. Pero las sustituciones significantes en la psicosis acorde a los procedimientos que la estructura de la lengua dispone para generar y trasladar el sentido.

Por ello, y parafraseando a Lacan, decimos que del significante el psicótico sólo conserva su apariencia, su cáscara. A Joyce, Lacan lo caracterizó como "desabonado del inconsciente", señalando que su síntoma era "inanalizable", "ininterpretable", e "indecifrabable" (Joyce, *Le symptôme*. Rev. *L'Inje*, Nº 6), pero al mismo tiempo afirma que por su *sinthome* logró anudar los tres registros.

*Se refiere a la interpretación que hizo Freud del delirio de Schreber.

Joyce consiguió descolar la lógica del *sinthome* y la utilizó lógicamente [Clase del 9/12/75].

También en la misma clase señala que entre el *sinthome* de Joyce y el *sinthome*, tal como opera en la neurosis, no hay identidad sino semejanza.

[...] cómo alguien pudo por su arte apuntar a producir como tal, a punto de aproximarle tanto como es posible, a este cuarto término.

Más adelante, en la cuarta clase del seminario, dice:

Joyce, para terminar, no sabía que hacía el *sinthome*, quiero decir que él lo simulaba. Era inconsciente de eso, y es por este hecho que es un puro artífice (artificer).

Esta última palabra condensa tanto en francés como en castellano, la doble vertiente de artesano y artista, como de artificial y artificioso. Pero, ¿qué es lo que simulaba? A mi juicio, la simulación consistía en hacer creer que sus disparatados y bellos juegos con los sonidos del lenguaje, permanecían en el interior de la estructura de la lengua.

Es difícil no ver que hay una cierta relación a la palabra, que le es más y más impuesta, al punto que termina por *dissolver el lenguaje mismo*, como lo ha objetado Philippe Soler, impone al lenguaje una suerte de *resquebrajamiento*, que hace que no quede más que identidad fonatoria. [Clase del 17/12/76].

Esta desarticulación de la lengua, es también el recurso por excelencia al que apela el sujeto de la psicosis, con el objeto de separarse del peso de sentido de los significantes de su alienación al Otro. Pero esto, que lo conduce a refugiarse en el aislamiento de un mundo autista, produjo un resultado diferente en el caso de Joyce. Por la literatura anudó la estructura subjetiva y se hizo un nombre. Pero la particularidad de esta literatura es que progresivamente va haciéndose más y más incomprensible y sin embargo la dimensión del sentido permanece. Y esto era posible porque Joyce era un maestro del enigma. Hacia trabajar, asociar podría decirse, a los estudiosos de su obra y eran éstos los que aportaban la consistencia imaginaria al texto.

[...] lo que asombra, cuando uno lee este texto, y sobre todo a los comentaristas, es el número de enigmas que Joyce, su texto, contiene. Es algo que no sólo aumenta, sino, si puede decirse, es algo sobre lo que él ha jugado, sabiendo muy bien que habría joyceanos durante dos o trescientos años. Esta gente, están ocupados únicamente en resolver los enigmas, en saber al menos por qué Joyce puso eso ahí. Ellos encuentran siempre una razón, puso eso ahí porque hay justo antes otra palabra. En fin, exactamente como en mis historias de "es-bjet", "mensioage", "dicention", y así sucesivamente. Para mí existen razones, yo quiero expresar algo, yo equivoco. Pero con Joyce uno no comprende nunca nada.

Es cierto, no solamente en la invención de neologismos Lacan imita a Joyce, sino también en su estilo aforístico, oscuro, enigmático. El mismo aclaró que con su estilo pretende homologar la retórica del inconsciente. Pero entre Joyce y Lacan el ciframiento significativo operado es diferente. Mientras que Lacan pretende "expresar algo", hacer pasar al otro alguna significación, en el caso de Joyce el efecto de sentido es lo menos importante, puesto que para él se trata de generar en el lector la suposición del sentido oculto. Esta dimensión de lo no-sabido, que habita al lector cuando se sumerge en textos como *Ulises* o *Finnegans Wake*, es correlativa de la atribución al autor del dominio de ese saber, y ésta es una de las razones por las cuales Joyce logró mantener el registro imaginario en su andamiaje. Pero el punto de sutura, el lugar donde su identificación imaginaria alcanza su apoyatura real, ése, lo ofreció su nombre, el que logró hacerse en el lugar del Otro, por la calidad artística de su obra.

En este doble aspecto el *sinthome* de Joyce se comportó reconstitutivo de la función del Nombre del Padre, en la medida que por su artificio, pudo hacerse reconocer como sujeto de una secreta verdad.

Esa función de soporte de su condición de sujeto, que alcanzó por medio de la literatura en más de una oportunidad soñó que también podrá salvar a su hija Lucía. Esta, diagnosticada por los múltiples especialistas consultados como esquizofrénica (diagnóstico al que James Joyce recusaba con absoluta firmeza), presentaba entre las diversas manifestaciones patológicas una profusa producción de extralularios neologismos, dato que para los psiquiatras era confirmatorio de la idea que tenían acerca de la naturaleza de su enfermedad, pero que para Joyce eran en cambio "signos premonitores de una nueva literatura".

Un artista que no logró el reconocimiento del público y permanece

en el anonimato, naturalmente padece por ello, pero ¿si ése hubiera sido el caso de James Joyce, hubiera evitado un destino como el de Lucía?

NOTAS

¹ F. Dolto, *El caso Dominique*, Siglo XXI, p. 192.

² J. Lacan, *El Seminario III, Las psicosis*, Ed. Paidós, 1984, p. 22.